

LIBERTAD Y PROPIEDAD*

LUDWIG VON MISES

«... las políticas del individualismo y el capitalismo, su aplicación a los asuntos económicos, no necesitan de apologistas o propagandistas. Sus logros hablan por sí mismos».

Ludwig von Mises

I

Al final del siglo dieciocho predominaban dos nociones de libertad, cada una de ellas muy diferente a lo que tenemos en mente hoy referido a libertad e independencia.

La primera de estas concepciones era puramente académica y sin ninguna aplicación a la conducción de los asuntos políticos. Era una idea derivada de los libros de los autores antiguos, cuyo estudio era entonces la suma y sustancia de la educación superior. A los ojos de estos escritores griegos y romanos, la libertad no era algo que debiera concederse a todos los hombres. Era un privilegio de la minoría, que se le negaba a la mayoría. Lo que los griegos llamaban democracia era, a la luz de la terminología actual, no lo que Lincoln llamaba gobierno del pueblo, sino oligarquía, la soberanía de ciudadanos de pleno derecho en una comunidad en la que las masas eran metecos o esclavos. Incluso esta libertad bastante limitada después del siglo IV antes de Cristo no fue considerada por los filósofos, historiadores y oradores como una institución constitucional práctica. Tal como lo vieron, era una característica de un pasado irremediamente perdido. Lamentaron el paso de esta edad de oro, pero no conocían ningún método para volver a ella.

* Conferencia de Mises de 1959 en la Universidad de Princeton, impartida en el evento de la Mont Pelerin Society. Traducción al castellano por Gilberto Ramírez Espinosa, Director Editorial Unión Editorial Colombia.

La segunda noción de libertad no fue menos oligárquica, aunque no se inspiró en reminiscencias literarias. La ambición de la aristocracia terrateniente, y a veces también de los patricios urbanos, era preservar sus privilegios contra el poder creciente del absolutismo real. En la mayor parte de la Europa continental, los príncipes resultaron victoriosos en estos conflictos. Sólo en Inglaterra y en los Países Bajos consiguieron la nobleza y los patricios urbanos derrotar a las dinastías. Pero lo que ganaron no fue la libertad para todos, sino solo la libertad para una élite, para una minoría del pueblo.

No debemos condenar como hipócritas a los hombres que en esas épocas alababan la libertad, mientras conservaban las discapacidades legales de la mayoría, incluso la servidumbre y la esclavitud. Se enfrentaron a un problema que no sabían resolver satisfactoriamente. El sistema tradicional de producción era demasiado estrecho para una población en continuo aumento. Aumentaba el número de personas para las que, en el sentido pleno del término, no quedaba espacio para los métodos precapitalistas de la agricultura y la artesanía. Estos supernumerarios eran pobres hambrientos. Eran una amenaza para la preservación del orden social existente y, durante mucho tiempo, nadie pudo pensar en otro orden, un estado de cosas, que alimentaría a todos estos pobres desgraciados. No podía tratarse de concederles plenos derechos civiles, y menos aún de darles una parte de la conducción de los asuntos de Estado. El único recurso que conocían los gobernantes era mantenerlos callados recurriendo a la fuerza.

II

El sistema precapitalista de producción era restrictivo. Su base histórica fue la conquista militar. Los reyes victoriosos habían entregado la tierra a sus paladines. Estos aristócratas eran señores en el sentido literal de la palabra, ya que no dependían del patrocinio de los consumidores que compraban o se abstendían de comprar en un mercado. Por otro lado, ellos mismos eran los principales clientes de las industrias transformadoras que, bajo el sistema gremial, se organizaban en un esquema corporativo. Este esquema se oponía a la innovación. Prohibió desviarse de los métodos tradicionales de

producción. El número de personas para las que había trabajo, incluso en la agricultura o en las artes y oficios, era limitado. En estas condiciones, más de un hombre, para usar las palabras de Malthus, tuvo que descubrir que «en el gran festín de la naturaleza no hay ninguna cobertura vacante para él» y que «ella le dice que se vaya»¹. Sin embargo, algunos de estos marginados lograron sobrevivir, engendraron hijos e hicieron que el número de indigentes creciera sin remedio cada vez más.

Pero luego vino el capitalismo. Es habitual ver las innovaciones radicales que el capitalismo produjo en la sustitución por la fábrica mecánica de los métodos más primitivos y menos eficientes de las tiendas de artesanos. Esta es una visión bastante superficial. El rasgo característico del capitalismo, que lo distingue de los métodos de producción precapitalistas, fue su nuevo principio de comercialización. El capitalismo no es simplemente producción en masa, sino producción en masa para satisfacer las necesidades de las masas. Las artes y oficios de los buenos tiempos se habían ocupado casi exclusivamente de las necesidades de los ricos. Pero las fábricas producían bienes baratos para muchos. Todas las primeras fábricas que resultaron fueron diseñadas para servir a las masas, los mismos estratos que trabajaban en las fábricas. Les sirvieron suministrándoles directamente o indirectamente exportando, y así proporcionándoles alimentos y materias primas extranjeras. Este principio de marketing fue la firma del capitalismo temprano como lo es del capitalismo actual. Los propios empleados son los clientes que consumen la mayor parte de todos los bienes producidos. Son los clientes soberanos que «siempre tienen la razón». Su compra o abstención de compra determina qué se debe producir, en qué cantidad y de qué calidad. Al comprar lo que más les conviene, hacen que algunas empresas se beneficien y se expandan y hagan que otras empresas pierdan dinero y se contraigan. De ese modo, están continuamente transfiriendo el control de los factores de producción a las manos de los empresarios que tienen más éxito en satisfacer sus necesidades. Bajo el capitalismo, la propiedad privada de los factores de producción es una función social. Los empresarios,

¹ Thomas R. Malthus, *An Essay on the Principle of Population*, 2da ed. (Londres, 1803), p. 531.

capitalistas, y terratenientes son mandatarios, por así decirlo, de los consumidores, y su mandato es revocable. Para ser rico, no basta con haber ahorrado y acumulado capital una vez. Es necesario invertirlo una y otra vez en aquellas líneas en las que mejor satisfaga las necesidades de los consumidores. El proceso del mercado es un plebiscito que se repite todos los días, y expulsa inevitablemente de las filas de las personas rentables a quienes no emplean su propiedad según las órdenes dadas por el público. Pero las empresas, blanco del odio fanático por parte de todos los gobiernos contemporáneos e intelectuales autodirigidos, adquieren y conservan la grandeza sólo porque funcionan para las masas. Las fábricas que se adaptan a los lujos de unos pocos nunca alcanzan un gran tamaño. El defecto de los historiadores y políticos del siglo XIX fue que no se dieron cuenta de que los trabajadores eran los principales consumidores de los productos de la industria. En su opinión, el asalariado era un hombre que trabajaba para el único beneficio de una clase ociosa parasitaria. Trabajaron bajo la ilusión de que las fábricas habían perjudicado la suerte de los trabajadores manuales. Si hubieran prestado atención a las estadísticas, fácilmente habrían descubierto la falacia de su opinión. La mortalidad infantil disminuyó, la duración media de la vida se prolongó, la población se multiplicó y el hombre común medio disfrutaba de comodidades con las que ni siquiera los ricos de edades anteriores soñaban.

Sin embargo, este enriquecimiento sin precedentes de las masas fue simplemente un subproducto de la Revolución Industrial. Su principal logro fue la transferencia de la supremacía económica de los propietarios de la tierra al conjunto de la población. El hombre común ya no era un esclavo que tenía que contentarse con las migajas que caían de las mesas de los ricos. Desaparecieron las tres castas parias que eran características de las épocas precapitalistas: los esclavos, los siervos y aquellas personas a las que los autores patristicos y escolásticos, así como la legislación británica de los siglos XVI al XIX, denominaron pobres. Sus vástagos se convirtieron, en este nuevo escenario de negocios, no sólo en trabajadores libres, sino también en clientes. Este cambio radical se reflejó en el énfasis puesto por las empresas en los mercados. Lo que las empresas necesitan en primer lugar son mercados y nuevamente mercados. Esta era la palabra clave de la empresa capitalista. Mercados, eso

significa patrocinadores, compradores, consumidores. Hay bajo el capitalismo un camino a la riqueza: servir a los consumidores mejor y más barato que otras personas.

Dentro de la tienda y la fábrica, el dueño —o en las corporaciones, el representante de los accionistas, el presidente— es el jefe. Pero este dominio es meramente aparente y condicional. Está sujeto a la supremacía de los consumidores. El consumidor es el rey, es el verdadero jefe, y el fabricante está acabado si no supera a sus competidores en el mejor servicio a los consumidores.

Fue esta gran transformación económica la que cambió la faz del mundo. Muy pronto transfirió el poder político de manos de una minoría privilegiada a manos del pueblo. La franquicia para adultos siguió a raíz de la emancipación industrial. El hombre común, a quien el proceso de mercado le había dado el poder de elegir al empresario y a los capitalistas, adquirió el poder análogo en el campo del gobierno. Se convirtió en votante.

Los economistas eminentes han observado, creo que el primero fue el difunto Frank A. Fetter, que el mercado es una democracia en la que cada centavo da derecho al voto. Sería más correcto decir que el gobierno representativo del pueblo es un intento de arreglar los asuntos constitucionales de acuerdo con el modelo de mercado, pero este diseño nunca podrá lograrse plenamente. En el campo político siempre prevalece la voluntad de la mayoría, y las minorías deben ceder a ella. Sirve también a las minorías, siempre que no sean tan insignificantes en número como para volverse despreciables. La industria de la confección produce ropa no sólo para la gente normal, sino también para las corpulentas, y el comercio editorial publica no sólo westerns e historias de detectives para la multitud, sino también libros para lectores exigentes. Hay una segunda diferencia importante. En la esfera política, no hay medios para que un individuo o un pequeño grupo de individuos desobedezcan la voluntad de la mayoría. Pero en el campo intelectual la propiedad privada hace posible la rebelión. El rebelde tiene que pagar un precio por su independencia; en este universo no hay premios que se puedan ganar sin sacrificios. Pero si un hombre está dispuesto a pagar el precio, es libre de desviarse de la ortodoxia o neo-ortodoxia imperante. ¿Cuáles habrían sido las condiciones en la comunidad socialista para herejes como Kierkegaard,

Schopenhauer, Veblen o Freud? ¿Para Monet, Courbet, Walt Whitman, Rilke o Kafka? En todas las épocas, los pioneros de nuevas formas de pensar y actuar sólo pudieron funcionar porque la propiedad privada hizo posible el desprecio de las formas de la mayoría. Sólo unos pocos de estos separatistas eran económicamente lo suficientemente independientes como para desafiar al gobierno con las opiniones de la mayoría. Pero encontraron en el clima de la economía libre entre el público personas preparadas para ayudarlos y apoyarlos ¿Qué habría hecho Marx sin su mecenas, el fabricante Friedrich Engels?

III

Lo que vicia por completo la crítica económica del capitalismo por parte de los socialistas es su incapacidad para captar la soberanía de los consumidores en la economía de mercado. Ven sólo la organización jerárquica de las diversas empresas y planes, y no se dan cuenta de que el sistema de beneficios obliga a las empresas a servir a los consumidores. En sus tratos con sus empleadores, los sindicatos proceden como si sólo la malicia y la codicia pudieran evitar que lo que ellos llaman gerencia pague salarios más altos. Su miopía no ve nada más allá de las puertas de la fábrica. Ellos y sus secuaces hablan de la concentración del poder económico y no se dan cuenta de que el poder económico está en última instancia en manos del público comprador, del cual los propios empleados constituyen la inmensa mayoría. Su incapacidad para comprender las cosas tal como son se refleja en metáforas tan inapropiadas como el reino industrial y los ducados. Son demasiado aburridos para ver la diferencia entre un rey o duque soberano que sólo podría ser desposeído por un conquistador más poderoso y un «rey del chocolate» que pierde su «reino» tan pronto como los clientes prefieren patrocinar a otro proveedor. Esta distorsión está en el fondo de todos los planes socialistas. Si alguno de los jefes socialistas hubiera intentado ganarse la vida vendiendo perritos calientes, habría aprendido algo sobre la soberanía de los consumidores. Pero eran revolucionarios profesionales y su único trabajo era encender la guerra civil. El ideal de Lenin era construir el

esfuerzo productivo de una nación según el modelo de la oficina de correos, una empresa que no depende de los consumidores, porque sus déficits están cubiertos por la recaudación obligatoria de impuestos. «Toda la sociedad», dijo, «se convertiría en una sola oficina y una sola fábrica»². No vio que el carácter mismo de la oficina y la fábrica cambia por completo cuando está sola en el mundo y ya no otorga a las personas la oportunidad de elegir entre los productos y servicios de varias empresas. Debido a que su ceguera le hizo imposible ver el papel que juegan el mercado y los consumidores bajo el capitalismo, no pudo ver la diferencia entre la libertad y la esclavitud. Debido a que a sus ojos los trabajadores eran sólo trabajadores y no también clientes, creía que ya eran esclavos bajo el capitalismo, y que no se cambiaba su estatus al nacionalizar todas las plantas y comercios. El socialismo sustituye la soberanía de los consumidores por la soberanía de un dictador, o comité de dictadores. Junto con la soberanía económica de los ciudadanos desaparece también su soberanía política. Al plan de producción único que anula cualquier planificación por parte de los consumidores corresponde en el ámbito constitucional el principio de partido único que priva a los ciudadanos de cualquier oportunidad de planificar el curso de los asuntos públicos. La libertad es indivisible. Quien no tiene la facultad de elegir entre varias marcas de conservas o jabón, también se ve privado de la facultad de elegir entre varios partidos y programas políticos y de elegir a los titulares de cargos. Ya no es un hombre; se convierte en un peón en manos del ingeniero social supremo. Incluso su libertad para criar progenie será arrebataada por la eugenesia. Por supuesto, los líderes socialistas ocasionalmente nos aseguran que la tiranía dictatorial durará sólo durante el período de transición del capitalismo y el gobierno representativo al milenio socialista en el que las necesidades y deseos de todos serán plenamente satisfechos³. Una vez que el régimen socialista esté «lo suficientemente seguro como para arriesgarse a las críticas», la señorita Joan Robinson, la eminente representante de la nueva escuela británica de Cambridge, tiene la

² V.I. Lenin, *State and Revolution* (New York: International Publishers, s.d.) p. 84.

³ Karl Marx, *Sur Kritik des Sozialdemokratischen Programms von Gotha*, ed. Kreibich (Reichenberg, 1920), p. 23.

amabilidad de prometernos que «incluso las sociedades filarmónicas independientes» podrán existir⁴. Así, la liquidación de todos los disidentes es la condición que nos traerá lo que los comunistas llaman libertad. Desde este punto de vista también podemos entender lo que otro distinguido inglés, el Sr. J.G. Crowther, tenía en mente cuando elogió la inquisición como «beneficiosa para la ciencia cuando protege a una clase en ascenso»⁵. El significado de todo esto es claro. Cuando todas las personas se inclinen dócilmente ante un dictador, ya no quedarán disidentes para su liquidación. Calígula, Torquemada, Robespierre habrían estado de acuerdo con esta solución.

Los socialistas han diseñado una revolución semántica al convertir el significado de los términos en su opuesto. En el vocabulario de su «neolengua», como la llamó George Orwell, está el término «el principio de partido único». Ahora, etimológicamente, partido se deriva de la parte sustantiva. La parte sin hermanos ya no es diferente de su antónimo, el todo; es idéntico a él. Un partido sin hermanos no es un partido, y el principio de partido único es, de hecho, un principio de no-partido. Es una supresión de cualquier tipo de oposición. La libertad implica el derecho a elegir entre asentir y disentir. Pero en neolengua significa el deber de asentir incondicionalmente y la prohibición estricta de la disidencia. Esta inversión de la connotación tradicional de todas las palabras de la terminología política no es simplemente una peculiaridad del lenguaje de los comunistas rusos y sus discípulos fascistas y nazis. El orden social que, al abolir la propiedad privada, priva a los consumidores de su autonomía e independencia y, por lo tanto, somete a cada hombre a la arbitraria discreción de la junta central de planificación, no podría ganarse el apoyo de las masas si no camuflaran su carácter principal. Los socialistas nunca habrían engañado a los votantes si les hubieran dicho abiertamente que su fin último es ponerlos en cautiverio. Para un uso exotérico, se vieron obligados a hablar de labios para afuera de la apreciación tradicional de la libertad.

⁴ Joan Robinson, *Private Enterprise and Public Control* (Association for Education in Citizenship by the English Universities Press, Ltd., s.d.), pp. 13-14.

⁵ J.G. Crowther, *Social Relations of Science* (Londres, 1941), p. 333.

IV

Fue diferente en las discusiones esotéricas entre los círculos internos de la gran conspiración. Allí los iniciados no disimularon sus intenciones respecto a la libertad. La libertad fue, en su opinión, ciertamente una buena característica en el pasado en el marco de la sociedad burguesa porque les brindó la oportunidad de embarcarse en sus maquinaciones. Pero una vez que ha triunfado el socialismo, ya no hay necesidad de pensamiento libre y acción autónoma por parte de los individuos. Cualquier cambio posterior sólo puede ser una desviación del estado perfecto que la humanidad ha alcanzado con el socialismo. En tales condiciones, sería simplemente una locura tolerar la disensión.

La libertad, dice el bolchevique, es un prejuicio burgués. El hombre común no tiene ideas propias, no escribe libros, no trama herejías y no inventa nuevos métodos de producción. Sólo quiere disfrutar de la vida. No le sirven los intereses de clase de los intelectuales que se ganan la vida como disidentes e innovadores profesionales.

Este es sin duda el desdén más arrogante que jamás haya concebido el ciudadano común. No hay necesidad de discutir este punto. Porque la cuestión no es si el hombre común puede o no aprovechar la libertad de pensar, hablar y escribir libros. La pregunta es si el rutinista perezoso se beneficia o no de la libertad otorgada a quienes lo eclipsan en inteligencia y fuerza de voluntad. El hombre común puede mirar con indiferencia e incluso con desprecio el trato de gente mejor. Pero está encantado de disfrutar de todos los beneficios que los esfuerzos de los innovadores ponen a su disposición. No comprende lo que a sus ojos es simplemente una tontería. Pero tan pronto como estos pensamientos y teorías son utilizados por hombres de negocios emprendedores para satisfacer algunos de sus deseos latentes, se apresura a adquirir los nuevos productos. El hombre común es sin duda el principal beneficiario de todos los logros de la ciencia y la tecnología modernas.

Es cierto que un hombre de habilidades intelectuales promedio no tiene ninguna posibilidad de ascender al rango de capitán de industria. Pero la soberanía que le asigna el mercado en materia económica estimula a tecnólogos y promotores a convertir a su uso

todos los logros de la investigación científica. Sólo las personas cuyo horizonte intelectual no se extiende más allá de la organización interna de la fábrica y que no se dan cuenta de lo que mueve a los empresarios, no notan este hecho.

Los admiradores del sistema soviético nos dicen una y otra vez que la libertad no es el bien supremo. «No vale la pena tenerlo», si implica pobreza. Sacrificarlo para obtener riqueza para las masas está plenamente justificado a sus ojos. Pero salvo para unos pocos individualistas rebeldes que no pueden ajustarse a las costumbres de los compañeros normales, todas las personas en Rusia son perfectamente felices. Podemos dejar sin decidir si esta felicidad también fue compartida por los millones de campesinos ucranianos que murieron de hambre, por los internos de los campos de trabajos forzados y por los líderes marxistas que fueron purgados. Pero no podemos pasar por alto el hecho de que el nivel de vida era incomparablemente más alto en los países libres de Occidente que en el Oriente comunista. Al ceder la libertad como precio a pagar por la adquisición de la prosperidad, los rusos hicieron un mal negocio. Ahora no tienen ni lo uno ni lo otro.

V

La filosofía romántica trabajaba bajo la ilusión de que en las primeras edades de la historia el individuo era libre y que el curso de la evolución histórica lo privó de su libertad primordial. Como lo veía Juan Jacobo Rousseau, la naturaleza concedía libertad a los hombres y la sociedad lo esclavizaba. De hecho, el hombre primitivo estaba a merced de todos los que eran más fuertes y, por tanto, podían arrebatarse los escasos medios de subsistencia. No hay en la naturaleza nada a lo que se le pueda dar el nombre de libertad. El concepto de libertad siempre se refiere a las relaciones sociales entre los hombres. Es cierto que la sociedad no puede realizar el concepto ilusorio de la absoluta independencia del individuo. Dentro de la sociedad, todos dependen de lo que otras personas estén dispuestas a contribuir a su bienestar a cambio de su propia contribución al bienestar de los demás. La sociedad es esencialmente el intercambio mutuo de servicios. En la medida en que los individuos tienen la oportunidad

de elegir, son libres; si se ven obligados por la violencia o la amenaza de violencia a rendirse a los términos de un intercambio, no importa cómo se sientan al respecto, carecen de libertad. Este esclavo no es libre precisamente porque el amo le asigna sus tareas y determina lo que tiene que recibir si lo cumple.

En cuanto al aparato social de represión y coacción, el gobierno, no puede haber ninguna cuestión de libertad. El gobierno es esencialmente la negación de la libertad. Es el recurso a la violencia o la amenaza de violencia para que todas las personas obedezcan las órdenes del gobierno, les guste o no. En la medida en que se extiende la jurisdicción del gobierno, hay coerción, no libertad. El gobierno es una institución necesaria, el medio para hacer que el sistema social de cooperación funcione sin problemas sin ser perturbado por actos violentos por parte de gánsteres, ya sean de origen nacional o extranjero. El gobierno no es, como les gusta decir a algunas personas, un mal necesario; no es un mal, sino un medio, el único medio disponible para hacer posible la convivencia humana pacífica. Pero es lo opuesto a la libertad. Es golpear, aprisionar, colgar. Cualquier cosa que haga un gobierno, en última instancia, está respaldada por las acciones de agentes armados. Si el gobierno opera una escuela o un hospital, los fondos requeridos se recaudan mediante impuestos, es decir, mediante pagos exigidos a los ciudadanos.

Si tenemos en cuenta el hecho de cómo es la naturaleza humana, de que no puede haber ni civilización ni paz sin el funcionamiento del aparato gubernamental de acción violenta, podemos llamar al gobierno la institución humana más beneficiosa. Pero el hecho es que el gobierno es represión, no libertad. La libertad se encuentra únicamente en la esfera en la que el gobierno no interfiere. La libertad es siempre ser libre del gobierno. Es la restricción de la injerencia del gobierno. Sólo prevalece en los campos en los que los ciudadanos tienen la oportunidad de elegir la forma en que quieren proceder. Los derechos civiles son los estatutos que circunscriben precisamente la esfera en la que los hombres que dirigen los asuntos de estado pueden restringir la libertad de acción de los individuos.

El fin último al que aspiran los hombres al establecer un gobierno es hacer posible el funcionamiento de un sistema definido de cooperación social bajo el principio de la división del trabajo. Si el sistema social que la gente quiere tener es el socialismo

(comunismo, planificación) no queda ninguna esfera de libertad. Todos los ciudadanos están sujetos en todos los aspectos a las órdenes del gobierno. El estado es un estado total; el régimen es totalitario. El gobierno sólo planea y obliga a todos a comportarse de acuerdo con este plan único. En la economía de mercado, los individuos son libres de elegir la forma en que quieren integrarse en el marco de la cooperación social. En la medida en que se extiende la esfera del intercambio de mercado, existe una acción espontánea por parte de los individuos. Bajo este sistema que se llama *laissez-faire*, y que Ferdinand Lassalle denominó el estado del vigilante nocturno, hay libertad porque hay un campo en el que los individuos son libres de planificar por sí mismos.

Los socialistas deben admitir que no puede haber ninguna libertad bajo un sistema socialista. Pero tratan de borrar la diferencia entre el estado servil y la libertad económica al negar que haya alguna libertad en el intercambio mutuo de mercancías y servicios en el mercado. Todo intercambio de mercado es, en palabras de una escuela de abogados prosocialistas, «una coerción sobre la libertad de otras personas». A sus ojos, no hay ninguna diferencia que valga la pena mencionar entre el pago de un impuesto o una multa impuesta por un magistrado, o la compra de un periódico o la entrada a una película. En cada uno de estos casos, el hombre está sujeto al poder de gobierno. Él no es libre, porque, como dice el profesor Hale, la libertad de un hombre significa «la ausencia de cualquier obstáculo para el uso de los bienes materiales»⁶. Esto significa: yo no soy libre, porque una mujer que ha tejido un suéter, tal vez como un regalo de cumpleaños para su esposo, pone un obstáculo para que lo use. Yo mismo estoy restringiendo la libertad de todas las demás personas porque me opongo a que usen mi cepillo de dientes. Al hacer esto, de acuerdo con esta doctrina, estoy ejerciendo el poder de gobierno privado, que es análogo al poder del gobierno público, los poderes que el gobierno ejerce al encarcelar a un hombre en Sing Sing.

Los que exponen esta asombrosa doctrina concluyen constantemente que la libertad no se encuentra en ninguna parte. Afirman

⁶ Robert L. Hale, *Freedom Through Law, Public Control of Private Governing Power* (Nueva York: Columbia University, 1952), pp. 4 y ss.

que lo que ellos llaman presiones económicas no difieren esencialmente de las presiones que los amos practican con respecto a sus esclavos. Rechazan lo que llaman poder gubernamental privado, pero no se oponen a la restricción de la libertad por parte del poder gubernamental público. Quieren concentrar todo lo que llaman restricciones de libertad en manos del gobierno. Atacan la institución de la propiedad privada y las leyes que, como dicen, están «listas para hacer cumplir los derechos de propiedad, es decir, para negar la libertad a cualquiera de actuar de una manera que los viole»⁷.

Hace una generación, todas las amas de casa preparaban sopa procediendo de acuerdo con las recetas que habían recibido de sus madres o de un libro de cocina. Hoy en día muchas amas de casa prefieren comprar una sopa enlatada, calentarla y servirla a su familia. Pero, dicen nuestros doctores eruditos, la empresa conservera está en posición de restringir la libertad del ama de casa porque, al pedir un precio por la lata, pone un obstáculo para su uso. Las personas que no disfrutaron del privilegio de ser instruidas por estos eminentes maestros, dirían que el producto enlatado fue elaborado por la fábrica de conservas, y que la corporación al producirlo eliminó el mayor obstáculo para que un consumidor obtenga y use una lata, a saber, su inexistencia. La mera esencia de un producto no puede satisfacer a nadie sin su existencia. Pero están equivocados, dicen los doctores. La corporación domina al ama de casa, la destruye con su excesivo poder concentrado sobre su libertad individual, y es deber del gobierno prevenir una ofensa tan grave. Las corporaciones, dice, bajo los auspicios de la Fundación Ford, otro de este grupo, el profesor Berle, deben estar sujetos al control del gobierno⁸.

¿Por qué nuestra ama de casa compra el producto enlatado en lugar de aferrarse a los métodos de su madre y su abuela? Sin duda porque piensa que esta forma de actuar le resulta más ventajosa que la costumbre tradicional. Nadie la obligó. Había gente —se llaman comerciantes, promotores, capitalistas, especuladores, apostadores bursátiles— que tuvieron la idea de satisfacer un deseo

⁷ Ibid., p. 5.

⁸ A.A. Berle, Jr., *Economic Power and the Free Society, a Preliminary Discussion of the Corporation* (New York: the Fund for the Republic, 1954).

latente de millones de amas de casa invirtiendo en la industria conservera. Y hay otros capitalistas igualmente egoístas que, en muchos cientos de otras corporaciones, brindan a los consumidores muchos cientos de otras cosas. Cuanto mejor sirve una corporación al público, más clientes obtiene y más crece. Entra en la casa de la familia estadounidense promedio y verás para quiénes giran las ruedas de las máquinas.

En un país libre, a nadie se le impide adquirir riquezas sirviendo a los consumidores mejor de lo que ya están. Lo que necesita es sólo inteligencia y trabajo duro. «La civilización moderna, casi toda la civilización», dijo Edwin Cannan, el último de una larga lista de eminentes economistas británicos, «se basa en el principio de hacer las cosas agradables para quienes complacen al mercado y desagradables para quienes no lo hacen»⁹. Toda esta charla sobre la concentración del poder económico es en vano. Cuanto más grande es una corporación, a más gente sirve, más depende de complacer a los consumidores, a la mayoría, a las masas. El poder económico, en la economía de mercado, está en manos de los consumidores.

El negocio capitalista no es perseverancia en el estado de producción que una vez se alcanzó. Es una innovación más bien incesante, intentos diarios repetidos de mejorar la oferta de los consumidores con productos nuevos, mejores y más baratos. Cualquier estado real de las actividades de producción es meramente transitorio. Prevalce incesantemente la tendencia a suplantarlo ya logrado por algo que sirva mejor a los consumidores. En consecuencia, bajo el capitalismo existe una circulación continua de élites. Lo que caracteriza a los hombres, a los que se llama capitanes de industria, es la capacidad de aportar nuevas ideas y ponerlas en práctica. Por muy grande que deba ser una corporación, está condenada al fracaso tan pronto como no logre adaptarse de nuevo a diario a los mejores métodos posibles de servir a los consumidores. Pero los políticos y otros aspirantes a reformadores sólo ven la estructura de la industria tal como existe hoy. Piensan que son lo suficientemente hábiles como para arrebatárselos el control comercial de las plantas como lo son hoy, y administrarlas apejándose a las rutinas ya establecidas. Si bien el

⁹ Edwin Cannan, *An Economist's Protest* (Londres, 1928), pp. VI y ss.

ambicioso recién llegado, que será el magnate del mañana, ya está preparando planes para cosas nunca antes escuchadas, lo único que tienen en mente es llevar los asuntos por caminos ya trillados. No hay constancia de una innovación industrial ideada y puesta en práctica por burócratas. Si uno no quiere hundirse en el estancamiento, debe dejarse mano libre a los hombres hoy desconocidos que tienen el ingenio para llevar a la humanidad hacia adelante en el camino hacia condiciones cada vez más satisfactorias. Este es el principal problema de la organización económica de una nación.

La propiedad privada de los factores materiales de producción no es una restricción de la libertad de todas las demás personas para elegir lo que más les convenga. Es, por el contrario, el medio que asigna al hombre común, en su calidad de comprador, la supremacía en todos los asuntos económicos. Es el medio para estimular a los hombres más emprendedores de una nación a esforzarse al máximo de sus capacidades al servicio de todo el pueblo.

VI

Sin embargo, no se describen exhaustivamente los cambios radicales que el capitalismo provocó en las condiciones del hombre común si se trata simplemente la supremacía de la que disfruta en el mercado como consumidor y en los asuntos del Estado como votante y con la mejora sin precedentes de su nivel de vida. No menos importante es el hecho de que el capitalismo le ha permitido ahorrar, acumular capital e invertirlo. El abismo que en el estado precapitalista y la sociedad de castas separaba a los propietarios de los pobres sin un centavo se ha reducido. En edades más avanzadas, el jornalero tenía un sueldo tan bajo que apenas podía apostar por algo y, si no obstante lo hacía, sólo podía conservar sus ahorros atesorando y escondiendo algunas monedas. Bajo el capitalismo, su competencia hace posible el ahorro y hay instituciones que le permiten invertir sus fondos en negocios. Una cantidad nada despreciable del capital empleado en las industrias estadounidenses es la contrapartida de los ahorros de los empleados. Al adquirir depósitos de ahorro, pólizas de seguro, bonos y también acciones ordinarias, los asalariados y las personas asalariadas están ganando intereses y dividendos y,

por lo tanto, en la terminología del marxismo, son explotadores. El hombre común está directamente interesado en el florecimiento de los negocios no sólo como consumidor y como empleado, sino también como inversionista. Prevalece una tendencia a borrar en cierta medida la una vez marcada diferencia entre quienes poseen factores de producción y quienes no. Pero, por supuesto, esta tendencia sólo puede desarrollarse donde la economía de mercado no sea sabotada por supuestas políticas sociales. El estado del bienestar, con sus métodos de dinero fácil, expansión crediticia e inflación sin disimulo, continuamente toma mordiscos de todos los reclamos pagaderos en unidades de la moneda de curso legal de la nación. Los autodenominados campeones del hombre común todavía se guían por la idea obsoleta de que una política que favorece a los deudores a expensas de los acreedores es muy beneficiosa para la mayoría de la gente. Su incapacidad para comprender las características esenciales de la economía de mercado se manifiesta también en su incapacidad para ver el hecho obvio de que aquellos a quienes fingen ayudar son acreedores en su calidad de ahorradores, asegurados y propietarios de bonos.

VII

El principio distintivo de la filosofía social occidental es el individualismo. Su objetivo es la creación de una esfera en la que el individuo sea libre de pensar, elegir y actuar sin estar limitado por la interferencia del aparato social de coerción y opresión, el Estado. Todos los logros espirituales y materiales de la civilización occidental fueron el resultado de la operación de esta idea de libertad.

Esta doctrina y las políticas del individualismo y del capitalismo, su aplicación a los asuntos económicos, no necesitan apolo-gistas ni propagandistas. Los logros hablan por sí mismos.

La razón del capitalismo y la propiedad privada descansa, además de otras consideraciones, también en la incomparable eficiencia de su esfuerzo productivo. Es esta eficiencia la que hace posible que las empresas capitalistas apoyen a una población en rápido crecimiento con un nivel de vida en constante mejora. La prosperidad progresiva resultante de las masas crea un entorno social en el que

los individuos excepcionalmente dotados son libres de dar a sus conciudadanos todo lo que puedan dar. El sistema social de propiedad privada y gobierno limitado es el único sistema que tiende a desbarbarizar a todos aquellos que tienen la capacidad innata de adquirir cultura personal.

Es un pasatiempo gratuito escatimar los logros materiales del capitalismo al observar que hay cosas que son más esenciales para la humanidad que los automóviles más grandes y veloces, y las casas equipadas con calefacción central, aire acondicionado, refrigeradores, lavadoras y televisores. Ciertamente, existen actividades más elevadas y nobles. Pero son más elevados y nobles precisamente porque no pueden ser aspirados por ningún esfuerzo externo, sino que requieren la determinación y el esfuerzo personales del individuo. Quienes lanzan este reproche contra el capitalismo muestran una visión bastante burda y materialista al asumir que la cultura moral y espiritual podría ser construida por el gobierno o por la organización de las actividades de producción. Todo lo que estos factores externos pueden lograr en este sentido es generar un entorno y una competencia que ofrezca a los individuos la oportunidad de trabajar en su propia perfección y edificación personal. No es culpa del capitalismo que las masas prefieran un combate de boxeo a una actuación de la Antígona de Sófocles, la música de jazz a las sinfonías de Beethoven, y los cómics a la poesía. Pero es cierto que si bien las condiciones precapitalistas, tal como aún prevalecen en la mayor parte del mundo, hacen que estas cosas buenas sean accesibles sólo para una pequeña minoría de personas, el capitalismo les da a muchos una oportunidad favorable de luchar por ellas.

Desde cualquier ángulo que se mire al capitalismo, no hay razón para lamentar el paso de los supuestamente buenos viejos tiempos. Menos aún está justificado anhelar las utopías totalitarias, ya sean nazis o soviéticas.

Inauguramos esta noche la novena reunión de la Sociedad Mont Pelerin. Conviene recordar en esta ocasión que encuentros de este tipo en los que se adelantan opiniones contrarias a las de la mayoría de nuestros contemporáneos y a las de sus gobiernos, sólo son posibles en el clima de libertad e independencia que es la marca más preciada de la civilización occidental. Esperemos que este derecho a disentir nunca desaparezca.